

á mediados del siglo IX enriquecía el discípulo de Esperaindeo á sus compatriotas con las obras de los historiadores y poetas de la antigüedad clásica, llevaba Gerberto en el último tercio del siguiente al centro de Europa aquella olvidada doctrina, que introducida de nuevo en los estudios latino-elesiásticos, venía á compartir el dominio de la inteligencia con la doctrina católica, propagándose de edad en edad á los tiempos modernos. Así pues, no á la España árabe, que no podía dar puro lo que sólo había podido alcanzar adulterado, sino á la España cristiana é independiente debió la Europa del siglo X la restauracion de la filosofía aristotélica; empresa que mientras era acusado en Italia el gramático Vilgardo de hereje, por rendir el tributo de su admiracion á las obras inmortales de Horacio y de Virgilio <sup>1</sup>, acarrea á su autor, como hemos advertido, el título de nigromante, de que apenas pudieron libertarle ni la cogulla ni la púrpura <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Los escritores elesiásticos ponen el nombre de Vilgardo en el número de los herejes, asegurando «que se dejó engañar del demonio en figura de »Virgilio y de Horacio, persuadiéndole, y creyéndolo el infeliz, que era de fé »quanto se hallaba en sus obras» (Florez, *Clave Hist.*, siglo XI, art. *Herejes*). Esta curiosa anécdota basta para dar á conocer el estado de ignorancia en que se hallaba á la sazón el suelo clásico de las letras; no siendo para olvidado que aun en los mismos instantes en que Cárlo-Magno había procurado en siglos precedentes restaurarlas, prohibía Alcuino que se leyesen en la escuela de Tours, una de las más florecientes creadas por aquel Emperador, las obras de Virgilio, por el temor de que su lectura corrompiera el corazón de los discípulos de Sigulfo (*Hist. litter. de la France*, tomo IV. Disc. sur l'état des lettres au VIII.º siècle). Pueden compararse estos hechos con los que dejamos reconocidos, así respecto de los mozárabes como de los cristianos independientes.

<sup>2</sup> La posteridad ha hecho justicia á Silvestre II, trocando en respetuoso afecto la fanática aversion, de que nos habla Sigiberto Gemblacense y sus imitadores; y en lugar del dictado denigrante de *hechicero*, le adjudica el honroso título de *restaurador de los estudios filosóficos y elesiásticos*. La decadencia á que estos habían venido en Roma, no podía ser más lamentable desde principios del siglo IX: Eugenio II ordenaba en el concilio de 826, á fin de reparar la ignorancia general, y sabedor de que «non magistros neque curam inveniri pro studio litterarum», se estableciesen oportunamente tales maestros y doctores «qui studia litterarum liberaliumque artium ac sancta... dogmata asidue doceant» (*Collect. Concil.*, tomo XIV, pág. 1008): Leon IV, con-

Hacia pues España al declinar del siglo X á las demás naciones este inestimable presente, que en el constante flujo y reflujo de las ideas y de los estudios debía recibir cien años adelante, no sin algunas creces, de manos de los monjes de Cluny, merced á los afortunados esfuerzos de Fulberto de Chartres, Lupo de Ferrieres, Lanfranco, Anselmo y tantos otros esclarecidos varones como ya en el episcopado, ya en el retiro del claustro, se

firmando en 853 los decretos del sínodo precedente, atendía, viendo ya imposible la restauracion de las siete disciplinas, á que «si liberalium artium praeceptores, ut assolet raro inveniantur, tamen divinae Scripturae magistri et institutores ecclesiastici officii nullatenus desint» (Id. id., pág. 1014). Semejante olvido de los estudios, creible sólo por la autoridad de los documentos en que se encuentra consignado, creció durante el siglo X hasta el vergonzoso extremo de declararse en el concilio de 992 que «apenas se hallaba »en la capital del mundo quien tuviera noticia de los primeros rudimentos »de las letras» (Baronio, *Annal. Ecclesiast.*, año referido). Contra esta incalificable postracion, hija de la afrentosa corrupcion del clero romano en el citado siglo, pareció pues protestar el ilustrado Silvestre II, introduciendo en la Iglesia un nuevo método escolástico, según el sistema de Aristóteles ó de sus intérpretes, método que varió el aspecto de los estudios (*Ful. Laur. Selvagio*, Part. IV, ad initium). Los que han pretendido que esta restauracion fué debida al ejemplo y á la doctrina de los árabes, perdieron sin duda de vista, ó no tuvieron noticia de la absoluta ignorancia de las artes liberales en que yacia Europa, al acometer Gerberto la noble empresa de restaurarlas: la doctrina y ciencia de las escuelas clerico-monacales de España, siendo la ciencia y la doctrina de las *Etimologías*, debió ser y fué, en efecto, una gran novedad en el mundo de la inteligencia; y sin necesidad de acudir á la adulterada filosofía de los mahometanos, restituyó á los estudios elesiásticos la luz de la filosofía aristotélica, con la nocion pura de la ciencia de la antigüedad, olvidada del todo en medio de la repugnante simonia y de las torpes liviandades del siglo X. Desde la época de Silvestre II no se interrumpe ya por fortuna la tradicion de las artes liberales, pareciéndonos exacta y luminosa la aseveracion de un crítico de nuestros dias, quien no vacila en asegurar, como hemos apuntado, que dominaron desde entonces exclusivamente el pensamiento humano dos libros: la *Biblia* y *Aristóteles*.—Que el nombre de San Isidoro alcanzó en Italia desde la época de Silvestre II celebridad extraordinaria, lo prueba la honrosísima mencion que de él hace el inmortal Dante, diciendo en el canto X del *Paradiso*:

Vedi oltre fiammeggiar l'ardente spiro  
D'Isidoro, etc., etc...

consagraron al culto de las artes liberales, siguiendo las huellas de Silvestre II.

Mas si custodiaban los cristianos independientes, cual preciados tesoros, las reliquias de la literatura hispano-latina, procurando fortalecer cada día su no interrumpida tradicion, no menos empeño parecían poner en rechazar toda influencia mahometana que la adulterase ó corrompiera. La repulsion, el antagonismo de ambas razas, de ambas creencias y de ambas civilizaciones habia sido completo: la guerra llevaba consigo el exterminio de los vencidos, siendo la esclavitud ó la muerte la dura alternativa en que uno y otro pueblo se habian colocado, al acometerse aquella porfiada contienda, que sólo podia tener fin con el aniquilamiento de uno de ellos <sup>1</sup>. Y tan grande, tan profunda era la aversion con que miraban los descendientes de Pelayo cuanto se referia á los sectarios de Mahoma, que no solamente talaban sus campos, asolaban sus ciudades y reducian á escombros sus fortalezas, sino que destruyendo con igual saña sus mezquitas, degollaban á los sacerdotes y doctores de su ley, entregando á las llamas cuantos libros arábigos les caian en las manos <sup>2</sup>. Bárbaro era sin duda

<sup>1</sup> Apenas hallamos cláusula en los primitivos cronicones, donde no se refleje vivamente este singular estado de ambos pueblos; y casi todos los triunfos narrados por los cristianos, ya se hayan obtenido en campo abierto, ya en las ciudades arrebatadas al Islam, se solemnizan con esta ó análogas frases: «Omnes quoque arabes occupatores supradictarum civitatum interficiens;—eosque expugnatos interfecit [Rex];—arabes gladio interemit;—sarraceni detrunctantur;—omnes viros bellatores gladio interfecit, ipsamque civitatem usque ad fundamenta destruxit;—bellatores eorum omnes interfecit, reliquum vero vulgus, cum uxoribus et filiis sub corona vendidit» (*Chron. Sebast.; Chron. Albeld.; Chron. Samp., etc.*).

<sup>2</sup> Entre otros testimonios que pudiéramos alegar en comprobacion de estos asertos, preferimos los siguientes, tomados de la *Chronica latina de Alfonso VII*, porque refiriéndose á una época posterior á la conquista de Toledo, prueban que aun iniciada la política de tolerancia, de que hemos hecho mérito, relativa á los mahometanos que se sometian al poder del cristianismo, prosiguió siendo irreconciliable, respecto de los que vivian bajo el Islam, el odio primitivo de ambas razas. Hablando pues de la expedicion que en 1136 hizo el indicado monarca á las tierras de Andalucia, se lee: «Omnes Synagogae eorum [maurorum], quas inveniebant, destructae sunt. Sacerdotes vero et leges suae doctores, quoscumque inveniebant, gladio trucidabant. Sed et

semejante proceder, que hallando egemplo en la extraviada piedad de Recaredo, tenia por desgracia despues de muchos siglos autorizados y contagiosos imitadores <sup>1</sup>; pero cualquiera que sea el fallo de la crítica histórica sobre esta conducta de nuestros antepasados, siempre aparecerá probado que esa misma intolerancia de la religion y de la política excluía en aquella edad toda influencia literaria, punto principalísimo de las presentes investigaciones: siempre resultará que odiando los cristianos tan profundamente á los sarracenos, ni pudieron apreciar entonces los elementos de cultura, con tanta laboriosidad acopiados por los Beni-Omeyas de Córdoba, ni menos recibir para ornamento de los cantos populares las complicadas formas de un arte, tan antipático para ellos, como les era aborrecida la civilizacion que representaba. Hé aquí por qué, al hallar generalmente admitida por escritores nacionales y extranjeros esa influencia *a priori*, que debia en este concepto dar vida al arte vulgar español, hemos visto vulneradas todas las leyes de la sana crítica, juzgando indispensable el renovar estos estudios y darles toda la amplitud necesaria para obtener la luz apetecida <sup>2</sup>.

libri legis suae in Synagogis igne combusti sunt» (núm. XIV).—Y refiriendo otra entrada hecha en 1138, dice: «Et miserunt ignem in omnibus villis quas-cumque inveniebant et Synagogas eorum destruxerunt et libros legis Mahometi combuserunt igne... Omnes viri doctores legis, quicumque inventi sunt, gladio trucidati sunt» (núm. LX). En cambio los árabes apellidaban á los cristianos «hijos de perros,» *fili canum* (Id., núm. LXXVIII). Téngase presente que esto sucedia ya en el segundo tercio del siglo XII.

<sup>1</sup> Los lectores ilustrados recordarán aquí cuanto dejamos expuesto en orden á la conducta de Recaredo, al mandar entregar á las llamas los libros arrianos, escritos en el idioma de Ulfilas (tomo I, cap. VIII, pág. 339). En cuanto á los imitadores, no se ha menester grande esfuerzo para adivinar que aludimos al acto deplorable que presencié Granada en 1499, siendo reducidos á cenizas por mandato del cardenal Cisneros todos los Mss. arábigos hallados en poder de los moriscos. Los hechos que nos refieren las crónicas primitivas se explican por el odio de musulmanes y cristianos, cuando ardía más viva la guerra de religion y de libertad, y arreciaban cada día los peligros: conquistada la última metrópoli de los Beni-Naser, no se comprende aquel lujo de crueldad, sino por un espíritu de fanatismo que deslustra no poco la verdadera gloria de Cisneros.

<sup>2</sup> Cap. XII, pág. 80 y siguientes.

Estériles hubieran sido todo linaje de tareas que no se fundaran directamente en la tradición histórica del arte latino-elesiástico, absolutamente desconocido ó despreciado por los que se pagaban de entendidos. Porque no sólo debía descubrirse en sus peregrinos monumentos la índole y carácter propio de aquella sociedad, doblemente agitada por el anhelo de la religión y de la independencia, y objeto primordial de nuestras vigiliass: en ellos se hallaba también consignada la nueva fisonomía que iban tomando las formas exteriores del arte, aun considerado en manos de los eruditos, sorprendiéndose al par las modificaciones que admitía sucesivamente la lengua latina en el último período de su existencia, como idioma hablado. Los nuevos elementos, laboriosa y lentamente desarrollados por el arte cristiano, parecían llegar á completa granazón, prontos ya á desprenderse del árbol que los alimentaba, para fecundar nuevos terrenos.

Tal sucedía en efecto con el *metro* y la *ríma*: la existencia del primero había sido una necesidad de la poesía cristiana desde el momento en que, pidiendo esta sus preceas al arte gentilico, anunciaba á los hombres el triunfo de la Iglesia: la aparición de la segunda era un hecho espontáneo, hijo igualmente del olvido de las armonías prosódicas de Cicerón y de Horacio, y del frecuente recuerdo de dos prerogativas de la gran literatura greco-romana <sup>1</sup>. No puede el primero sustraerse en modo alguno á las condiciones que dominan á la segunda; y sujeto como ella á las leyes del canto, se altera y modifica conforme á las variaciones locales y sucesivas de la música, bien que conservando siempre el sello de aquel arte, de donde traía su procedencia. La *ríma*, vaga, imperfecta y poco armónica al principio, penetra del mismo modo en la poesía y en la prosa; y organizándose poco á poco, se ostenta al cabo perfecta y rica de consonancias, que multiplicadas en los hemistiquios y finales de los versos, dá á la poesía latino-elesiástica extraordinario brillo exterior, exornando sus cien combinaciones métricas, ya en los

<sup>1</sup> Véase la *Ilustración* I.<sup>a</sup> del presente volumen.

himnos religiosos y místicas leyendas, ya en los poemas heróicos, ya en los didácticos y morales <sup>1</sup>.

Semejantes observaciones, que abrazan el largo período que media desde la época de Draconcio <sup>2</sup> hasta fines del siglo XII, prueban de una manera inequívoca que el desarrollo artístico de la poesía y literatura cristiana fué en España, lo mismo que en todas las regiones meridionales, consecuencia natural é inevitable de los distintos elementos asociados en ella antes de la formación de las lenguas romances. Y si en su manifestación exterior daba palpable testimonio del género de obstáculos que había necesitado vencer, mostrando al par la senda recorrida para llegar al estado en que la vemos durante el referido siglo XII, enséñanos el estudio de los elementos interiores que la constituyen, cuán profundamente se había conmovido aquella sociedad y cómo se había operado su transformación social y política, merced á la exaltación, ya que no á la renovación completa, del sentimiento patriótico y del sentimiento religioso.

Punto es este á cuya ilustración hemos consagrado nuestros esfuerzos, dándole en el capítulo precedente toda la importancia que realmente tiene: la poesía religioso-popular de los Isidoros y Eusebios se había encaminado principalmente á la reforma y purificación de las costumbres gentílicas, que sobrevivían á la ruina del mundo pagano: alguna vez dirigía también sus benéficos acentos á despertar en el pecho de visigodos é hispano-latinos el amortiguado fuego del patriotismo; pero emanando siempre de la Iglesia, si revelaba el consorcio celebrado entre esta y los poderes de la tierra, si aspiraba á reflejar los intereses generales del catolicismo, no le había sido posible interpretar los deseos de la nación entera, ni formular tampoco sus legítimas esperanzas, en medio de sus grandes tribulaciones y desastres; pues que ni se había consumado aun la catástrofe de Guadalete, ahogándose en sus ondas la tiránica división de razas, ni había resonado en las montañas de Asturias el grito salvador de los guerreros de Pe-

<sup>1</sup> Véase el capítulo anterior y la *Ilustración* I.<sup>a</sup>

<sup>2</sup> *Ilustración* I.<sup>a</sup>

layo, que fundaba un solo pueblo con una sola familia <sup>1</sup>.

La poesía de los cristianos independientes, sin que dejara de cobijarse bajo el manto del sacerdocio, recibía directamente el impulso de la muchedumbre, y traía en todos sus cantos el profundo estigma de aquella nacionalidad político-religiosa, fundada en Covadonga: ya impetrando el favor del cielo con públicas y solemnes rogativas <sup>2</sup>, ya bendiciendo al Dios de los ejércitos por las victorias recibidas de su mano, ya celebrando el valor de los soldados y caudillos que rescataban del poder mahometano el perdido territorio, siempre se mostraba en completa consonancia con la sociedad, cuyo espíritu fortalecía y exaltaba. Adherida en el templo á la doble idea de la religión y de la guerra, simbolizaba el amor y la piedad del pueblo en la bellísima figura de la Madre del Salvador, fuente inextinguible de salud y de gracia; y como dejamos advertido, hallaba en el venerado patron de las Españas brillante representación del entusiasmo bélico, é impenetrable escudo contra la morisma. Del templo salía de nuevo aquella peregrina musa á encender en mitad de los campamentos la hoguera de la fé y del patriotismo; y si perdía, al dar este paso, alguna parte de sus preceas, cobraba sin duda mayor fuerza y energía en brazos de la muchedumbre, que al tributarle universal aplauso, la recibía cual digno intérprete de sus afectos y

<sup>1</sup> Recuérdese el estudio que hicimos en el cap. X de la poesía latino-popular durante la monarquía visigoda: véanse igualmente las *Ilustraciones* del tomo I.

<sup>2</sup> De las empleadas por la Iglesia visigoda tienen ya conocimiento los lectores: respecto de la reconquista es en verdad doloroso que no se haya transmitido á nuestros días ninguno de estos cantos suplicatorios (al menos que nosotros sepamos): la costumbre quedó no obstante arraigada profundamente en la Iglesia, que al cabo llegó á establecer la siguiente fórmula: «Deus qui beatum Iacobum Apostolum tuum, Hispaniae patronum misericorditer contulisti; et saepe, illo visibiliter apparente, infidelium superbiam potentissime superasti; concede Clemens famulo tuo Regi nostro... et exercitui catholico, sub eo militanti, optatam victoriam et triumphum ad laudem et gloriam tuam» (Bibl. Escur., cód. á, IV, 7. fól. 49 y 50). Esta oración que se hacía en los dominios cristianos desde el momento de declararse la guerra santa, prueba también cuanto dijimos en el último capítulo respecto de la idealización poética del patron de las Españas, que á continuación recordamos.

creencias. Así pues, descansando primero en el seno de la Iglesia, y halagada después por los ejércitos cristianos, extendía su imperio á las plazas públicas; y de meramente *religiosa* que fué en otra edad, llegaba á merecer el título de *heróico-religiosa*, ostentándose por último (lejana ya del templo, mas dentro siempre de la religión) con el nombre de *heróica* <sup>1</sup>.

Á tal grado llegaba la poesía latino-popular entre los cristianos independientes, cuando, efecto natural de la ley del progreso que impulsaba en su desarrollo las nuevas hablas que hemos sentido germinar bajo las rudas y descompuestas cláusulas, ora de los narradores, ora de los mismos poetas, se levantaban aquellas á pedir una representación escrita en los diferentes ángulos de la Península Ibérica, donde había tomado ya especial fisonomía cada una de las lenguas romances. No es vulgar empresa la de fijar ahora el momento en que este singular fenómeno viene á realizarse, dada la difícil y lenta elaboración de las referidas hablas, hija al par de largos siglos, de innumerables vicisitudes y de multiplicados elementos <sup>2</sup>. Cúmplenos observar no obstante, respecto de la elaboración indicada, que había seguido en el suelo español este desenvolvimiento de las lenguas romances la misma ley superior de la reconquista, y que dividida la Península, según dejamos ya notado <sup>3</sup>, en tres grandes fajas, donde van alterándose y modificándose, conforme á las diversas influencias que reciben, llega para aquellas el instante supremo en la historia de la civilización ibérica, en que separándose por diferente sendero, parecen todas proclamar su mútua independencia.

Tan memorable suceso, que á no estar comprobado por la historia habría de ser admitido como hipotético por la filología, debió señalar en la creciente de las monarquías cristianas de Oriente, Norte y Ocaso, uno de aquellos acontecimientos decisivos, que fijando para siempre el predominio de sus armas, imprimieran también peculiar fisonomía á la nacionalidad de cada uno de los pueblos mencionados. ¿Pudo consumarse esta manera de transforma-

<sup>1</sup> Véase el cap. XIV.

<sup>2</sup> *Ilustración* II.<sup>a</sup>

<sup>3</sup> Cap. XIII. Véase la *Ilustración* II.<sup>a</sup> del presente volumen.

ción al pie de los muros de Toledo?... Sin duda aquella famosa cruzada, que se componía de soldados de toda España, y que llevando en sus huestes numerosos aventureros de las naciones del mediodía de Europa, reconocía por cabeza al rey de Castilla, era una de las más altas ocasiones que se habían menester para que ostentaran las referidas lenguas, habladas en un mismo recinto, sus varios y genuinos caracteres; pero si pudo haber un momento en que, acercándose y confundiéndose entre sí, trocaran mutuamente sus galas y preseas, ni pudieron desnaturalizarse hasta el punto de perder su individualidad, por más que venido el instante de la separación, resultaran recíprocamente acaudaladas, ni les fué tampoco hacedero borrar el sello de los especiales elementos que en cada nación y comarca habían contribuido á descomponer la lengua latina, por más que todas girasen dentro de un mismo círculo, como hijas de una misma madre. Pero lejos de ser estéril tan ansiado como memorable suceso (ya lo dejamos consignado), apresuró el no dudoso y visible desenvolvimiento de los romances hablados en la Península, impulsándolos tal vez á solicitar la ya indicada representación por medio de la escritura.

Tres habían sido entre tanto los principales romances nacidos en el suelo español de aquella larga, constante y progresiva elaboración, cuyo primer momento fuera por extremo temerario señalar en el cuadrante de los siglos: brotó en la España central el que ha merecido por excelencia nombre de *castellano*; mostróse en la oriental el que lleva título de *catalan*, y alguna vez ha sido, aunque impropriamente, designado con el de *lemosino*; y surgió en la occidental el determinado con el de *gallego*. Tuvieron todos diversas ramificaciones <sup>1</sup>, y todos aspiraron á lograr desde su infancia representación verdaderamente literaria. ¿Mas era esto posible en aquellos instantes? ¿Podían las hablas vulgares aplicarse directamente á la poesía de los eruditos, sin que fueran antes instrumento de la esencialmente popular, nacida en los campamentos, en los mercados y en las plazas públicas?... Cuestión es esta de suma importancia, que dejan ya resuelta los hechos his-

<sup>1</sup> Ilustración II.<sup>a</sup> del tomo presente.

tóricos <sup>1</sup>, y que, aun careciendo de tan preciosos datos, podría ser convenientemente ilustrada por la crítica.

Poco se ha menester meditar en efecto para comprender que las hablas vulgares, formadas á despecho de la tradición latina, necesitaban pasar, antes de merecer la estimación de los doctos, por dos distintos períodos, en que sosteniendo la competencia con el idioma que había sido en tantos siglos depositario de las ciencias é intérprete de los sentimientos de la muchedumbre, bajo las alas de la Iglesia, no sólo alcanzasen á borrar de aquella su omnímodo predominio, sino á desvanecer en los hombres entendidos la repugnancia con que hubieron de ser vistas por ellos en los primeros días de su existencia. Oportuno juzgamos repetirlo con un respetable crítico de nuestros días: «Los hábitos del culto hacían al latín la lengua natural del clero: los magistrados le demandaban el conocimiento de las leyes y la inteligencia de sus facultades, y comenzada por su estudio la educación de todos los literatos, conservábanle el involuntario amor que se tiene á las ideas y á las cosas que forman la primera ocupación de la vida» <sup>2</sup>, constituyendo en tal manera cierto linaje de antagonismo, de que sólo podían triunfar con el tiempo los nacientes idiomas. La poesía popular, que sólo pudo hablar desde su cuna el lenguaje del vulgo, hallaba en ellos por el contrario nuevo y adecuado instrumento para formular sus ingenuos y sencillos cantares; y una vez apoderada de aquel medio por todos admitido, ni se curaba de reconocer su legitimidad ó belleza, ni anhelaba otra cosa sino el ser entendida de todos, por más ruda y grosera que apareciese. Apasionada, sin embargo, del mismo instrumento que estaba llamada á perfeccionar con su frecuente cultivo, se adhiere á él de una manera franca y decidida, y al propio tiempo que procura enriquecerlo con nuevas conquistas, aspira á darle duradera preponderancia sobre la lengua de los discretos.

Reducida esta de día en día á más estrecho círculo, ya por efecto de la ignorancia de unos, ya como consecuencia de los es-

<sup>1</sup> Véase en el capítulo anterior la pág. 228 y siguientes.

<sup>2</sup> Du Meril, *Poesies populaires latines*, Introd.

fuerzos hechos por otros para resucitar los estudios clásicos, eran cada día oídos con mayor aplauso los cantos populares, llegando la hora en que despertaran el afecto, ya que no la admiración de los semidoctos, quienes deseando transmitirlos á la posteridad, acudían por último á fijarlos por medio de la escritura. Era este en verdad el primer paso que daban las lenguas romances para vincularse en el aprecio de las generaciones venideras, conservando las inspiraciones espontáneas de la religión y del patriotismo, como era también el primer esfuerzo que hacía el arte de los vulgares <sup>1</sup> para remontarse á las esferas eruditas. Entraba sin propia conciencia en una segunda edad, que debía por cierto ser poco duradera, pues que pretendiendo ya desde aquel punto poseer más preciadas joyas, volvía de nuevo sus miradas á la tradición latino-eclesiástica, no extinguida entre los discretos, la cual le conducía en breve á larga distancia del terreno en que debía ostentar sus nativas galas. Pero como acontece de continuo en las esferas de artes y de letras, cuanto perdía el arte vulgar de su primitiva ingenuidad y entereza, lo iba ganando en el atildamiento de las formas, recabando al cabo para las lenguas romances, y muy principalmente para la hablada en la España central, el título de *lengua literaria*.

No era en consecuencia posible que desecharan los doctos el natural despegue con que veían la lengua y poesía de los populares, hasta que, consagrados también á su cultivo, les fué ya dado alcanzar el aplauso que ambicionaban. Pero no porque existiera semejante divorcio dejó de apoyarse la poesía de la muchedumbre en las tradiciones que habían servido de fundamento, así respecto del fondo como de las formas, al arte latino-elesiás-

<sup>1</sup> Oportuno parece advertir que hemos usado hasta aquí y usamos ahora de esta denominación en el mismo sentido que generalmente se le ha dado por los doctos, y para contraponerla á la de *literatura latina*; pero abarcando en este primer momento del nuevo arte todos los gérmenes que debían fecundarse más tarde en distintos campos (el popular y el erudito). Dáa llegar á la historia de las letras patrias, en que la expresada denominación signifique la última degeneración de la poesía popular, correspondiendo á las transformaciones políticas y sociales operadas en nuestro suelo. Véase la *Ilustración* IV.<sup>a</sup> de este tomo.

tico. Oportunamente examinamos cómo la poesía *heróico-religiosa*, escrita en la lengua de la Iglesia, llevando desde el templo al centro de los ejércitos cristianos los elementos artísticos, se había ofrecido cual vínculo visible entre los himnos de aquella y los cantos meramente vulgares <sup>1</sup>. Esta manera de transmisión, tanto más natural y sencilla cuanto era mayor la identidad de la creencia y de las esperanzas de grandes y pequeños, hallaba nuevas sendas en todas las manifestaciones de la literatura erudita: inscripciones públicas, epitafios, refranes (ya lo hemos dicho antes de ahora), todo servía de ejemplo sensible á los poetas del vulgo para modelar sus cantares, recogiendo en estos monumentos abundantes lecciones de piedad y de patriotismo; bases indestructibles de la civilización de nuestros abuelos y clarísimas fuentes del arte creado para representarla <sup>2</sup>. Ni podía tampoco ser más legítima tan peregrina herencia: la poesía, que reconoce sus verdaderos orígenes en el continuo comercio, sostenido por tantos siglos entre la Iglesia y los fieles, recibiendo los degenerados *metros* latinos con la imperfección propia de quien sólo podía quitarlos y transmitirlos por medio del canto, sorprendía las *rimas* de la literatura eclesiástica en el instante en que parecían tomar extraordinario incremento; y aceptándolas cual preseas de buena ley, ya conservaba el primer ornato de las sílabas finales, que puede tal vez mirarse como principio y raíz de las *asonancias*, ya seguía el curso natural de aquel desarrollo artístico, que daba por resultado, tanto en ella como en la poesía latina, el perfecto *consonante* <sup>3</sup>.

Así pues, teniendo por instrumento las lenguas romances, nacidas de la última descomposición del idioma del Lacio, y revisándose de formas artísticas, que eran también última degeneración de la métrica greco-latina, mostrábase la poesía vulgar en completa armonía con el estado de aquella civilización, amasada

<sup>1</sup> Caps. XIII y XIV.

<sup>2</sup> Véanse sobre estos asertos las *Ilustraciones*.

<sup>3</sup> Este desarrollo se comprende con toda claridad examinando las tablas rítmicas que hemos puesto en la *Ilustración* I.<sup>a</sup> de este volumen, haciendo aplicación de ellas á los monumentos poéticos recogidos en la misma.